

CAPITULO SEGUNDO.

FIESTAS PARTICULARES ANTES DEL CENTENARIO.

Numerosas y tiernas fiestas han tenido lugar en Roma ántes de la celebracion solemne del décimoctavo Centenario del martirio de San Pedro. Vamos a referir las principales, que se verificaron admirablemente en medio de un órden perfecto.

Aniversario de la eleccion y de la coronacion de Pio IX.

El 17 de Junio, dia-aniversario de la eleccion al soberano pontificado de Pio IX, el cardenal Patrizzi, subdean del Sacro Colegio, ha presentado al Santo Padre las felicitaciones de estilo. Hé aquí, segun el excelente diario de Milan, *Osservatore cattolico*, el análisis, tan exacto como es posible, de la alocucion pronunciada por el Papa:

«Yo agradezco al Sacro Colegio y estoy vivamente reconocido por los sentimientos de afeccion que me expresais en su nombre. En verdad, si se mira con un ojo humano las condiciones sociales presentes, es justo experimentar temor y dolor. Una gran parte de la sociedad actual se deja arrastrar por las falsas ideas, y entre otras, por las de progreso y de *unidad*; progreso sin verdad, progreso estéril é infecundo para los bienes mas necesarios a la humanidad; unidad sin caridad y sin justicia, fundada sobre el egoismo que divide y no sobre el amor que une. Una infinidad de otros errores corren todavía al través de los pueblos; hace algunos años los hemos señalado en un libro

cortejo pontificio, y principalmente en la plaza de San Juan de Letran, por gritos, aclamaciones, y demostraciones de toda clase, de respeto, de admiración y de amor. Pero estos vítores por vivos y ardientes que fuesen, debían ser sobrepujados de una manera prodigiosa por la magnífica ovación de que fué objeto el Santo Padre en el momento de su partida.

Terminada la ceremonia, el Papa abandonó la basilica para subir a la carroza. Entónces fué cuando las aclamaciones, los gritos, los *evviva*, los transportes de gozo, las bendiciones de sincero reconocimiento y de amor, resonaron por todas partes, en esta multitud inmensa, con una vehemencia, un ardor, un entusiasmo que no sería dado reproducir, aun a la pluma más hábil. La carroza de Su Santidad ha atravesado a pasos lentos esta multitud compacta, arrodillada, con los brazos y los corazones dirigidos hácia el glorioso Pontífice, agitando con las manos sus pañuelos en señal de alegría, ó bien haciendo llover flores sin número. Es imposible asistir a una escena más admirable y más conmovedora. El Santo Padre, bendiciendo a todos lados con una efusión sin igual, estaba visiblemente conmovido. *

* Sobre todo el trayecto del Vaticano a San Juan, es decir en una longitud de más de una legua, el camino estaba lleno de peregrinos que esperaban el paso del Santo Padre.

Nadie puede describir la grandeza del espectáculo que nos fué dado ver, cuando al fin de la misa, saliendo el Papa de la basilica, encontró arrodillada ante él, en la vasta plaza, una multitud extraordinaria que imploraba su bendición. Despues que Pio IX extendió la mano para bendecir, todo este pueblo se levantó, y por un solo movimiento y un solo grito, respondió: ¡Viva Pio IX! ¡Viva il Papa-Re! Los brazos y los pañuelos se agitaban; todos los ojos buscaban al Vicario de Cristo para abrazarlo con una mirada de amor. ¡Cuántas lágrimas hemos visto correr y qué alegre emoción se notaba en todos los semblantes! Entretanto, el Santo Padre, acostumbrado a este celo de un pueblo que le ama, parecía vivamente conmovido y miraba a la multitud prosternada con una ternura que llenaba nuestra alma. Estaba radiante, con un aire de salud perfecta. Los que quieren ver un rey en su suprema majestad y en su bondad inexplicable deben venir aquí.

Nosotros buscamos una cara de revolucionario. Y no la había

Por otra parte, había muy pocos espectadores, en medio de esta multitud de católicos, que permanecieran frios y dueños de sí mismos. Jamás, a ménos de ser testigos de estas indescribibles escenas, se podrá figurar lo que son estas magníficas demostraciones de todo un pueblo, donde cada uno pone en ellas su corazón, su alma, su vida, por decirlo así. ¡Cuánta lástima dan, despues de semejantes manifestaciones, las afirmaciones de aquellos que pretenden que el Papado ha envejecido y llegado a su última hora! No, el Papado no ha muerto, porque su recuerdo y su presencia excitan en las almas más gozo, más transportes, más generosos sacrificios é incomparables adhesiones que las que atrae cualquiera otra institucion del mundo.

Esta fiesta de San Juan de Letran había sido precedida, el día anterior, por las primeras vísperas de San Juan Bautista, cantadas con una pompa extraordinaria y la asistencia de la mayor parte de los miembros del sacro-colegio, los cardenales y un número muy considerable de obispos. Un poco ántes de la ceremonia, el cardenal arcepreste de la archibasílica bendijo, segun el ceremonial ordinario, en la sacristía, adornada con tapices y flores, una cierta cantidad de *garofani* y clavos de especia. Estos garofani son distribuidos en seguida a los miembros del cabildo, a los enfermos, y a las mujeres en cinta, las cuales han experimentado frecuentemente maravillosos efectos.

Audiencia de los sacerdotes en el Vaticano.

El Santo Padre recibió, el 25, dice el *Monde*, en audien-

allí ó se ocultaba, porque no se podía distinguir ninguna entre la multitud. Lo que hace el carácter particular de las fiestas de Roma, es la unanimidad de los que toman parte en ellas. En otras partes, se encuentran indiferentes, y aun enemigos: aquí: *Una fides, unum cor*. Esto es un verdadero encanto. (*L'Univers.*)

cia solemne, a todos los sacerdotes de las diversas naciones, que estaban en Roma, en número de doce mil. Antes de las tres, San Pedro, el museo del Vaticano, las entradas de las salas Ducal y Real, estaban llenas de sacerdotes franceses, españoles, italianos, portugueses, alemanes, ingleses, armenios, etc. A las cinco y media, no siendo bastantes las salas Gran-Ducal y Real, se abrió la inmensa sala de los Consistorios, arriba del vestíbulo de San Pedro. Sin embargo, más de dos mil sacerdotes, que no habían podido penetrar, se espacieron afuera, en los corredores, en las escaleras de San Pedro y en la misma basílica.

A las seis, apareció el Santo Padre, precedido de su guardia noble y de los prelados de su corte. Fué saludado por una aclamación inmensa, cuyo eco resonó en lo exterior hasta la plaza. Pio IX se sentó sobre el trono, en la sala de los consistorios, y ordenó que se le levantase, a fin de dominar mejor a la multitud de sus hijos; después pronunció en latín una alocución.

Alocucion de N. S. P. el Papa á los sacerdotes reunidos en la sala de los Consistorios, el 25 de Junio de 1867.

Vuestro concurso, tan grande y admirable, muy queridos Hijos, que adornados del santísimo sacerdocio, siguiendo los pasos de vuestros obispos, habeis volado con tanta alegría, en estos días de fiestas, hacia Nos y hacia esta Sede Romana del Bienaventurado Pedro, príncipe de los Apóstoles, es muy grato a nuestro corazón. Vuestra excelente piedad, vuestra devoción, vuestro respeto hacia Nos y hacia esta misma Sede nos traen un gran consuelo, en medio de los gravísimos dolores con que estamos afligidos.

Por esto nada nos es más agradable que dirigiros la palabra del fondo de nuestro corazón paternal, a vosotros, que alistados en la milicia del Dios de los ejércitos y llamados

al patrimonio del Señor, habeis elegido al Señor mismo como la parte de vuestra herencia.

Vosotros sois de aquellos a quienes Dios, por un singular beneficio, ha elevado en su Iglesia a la alta dignidad sacerdotal, de los que ha separado de todo el pueblo y se los ha unido, para que sirvais al Señor, y que esteis en pie ante la asamblea del pueblo para ser sus ministros y ofrecer a Dios las oraciones, las súplicas y la hostia pura, santa, sin mancha, por vuestra salud y la de todo el mundo.

Aquí vosotros sabeis por vosotros mismos, que nada puede sernos más provechoso que brillar cada día más y más, por la gravedad de las costumbres, la inocencia de la vida, la integridad, la castidad, el ornamento de todas las virtudes, y sobre todo, por la ciencia de las doctrinas sagradas, para que podais combatir valientemente a los enemigos del género humano, y procurar la mayor gloria de Dios y la salud de las almas. Considerad el ministerio que habeis recibido en el Señor, para cumplir sus deberes, sobre todo, en los tiempos tan desgraciados, en medio de una conspiración tan grande de los hombres enemigos contra nuestra divina religión, y de un diluvio tal de errores.

Por lo cual, Hijos muy queridos, unidos entre vosotros por el lazo más estrecho de la caridad, y émulos de los ilustres ejemplos de vuestros obispos, trabajaréis bajo su dirección como buenos soldados de Jesucristo. De vuelta, pues, de esta ciudad, a vuestras parroquias, esforzaos en llenar afectuosa y santamente todas las partes de vuestro santo ministerio, y sobre todo, inculcad a los fieles, cometidos a vuestros cuidados, la unidad y la doctrina católica, y la obediencia, y la reverencia debidas a esta Cátedra de Pedro, madre de todas las Iglesias, a fin de que no sean llevados a todos lados por todo viento de doctrina, por la perversidad y la astucia humana, y los torbellinos del error.

Vosotros, como intérpretes del Verbo divino, es necesario que prediqueis, y sin cesar, el Evangelio de Dios a los sabios y a los ignorantes; predicad a Jesucristo y a Jesucristo

«que se ha llamado el *Syllabus*, y de nuevo confirmamos solemnemente su condenacion. Pero mi voz no basta; es necesario tambien la vuestra, ¡oh hermanos míos! (El Papa se dirigió aquí a los obispos.)

«Vosotros me debeis sostener los brazos como los levitas al Profeta de la antigua ley; vosotros debeis ser la niebla que proteja y guie a las naciones durante el dia, y la columna de luz que las conduzca durante la noche; es necesario que la humanidad encuentre en vosotros los maestros de que tiene necesidad. La humanidad está expuesta a encallar sobre los escollos lamentables del error; vuestra voz no permanecerá estéril cerca de ella. Elevadla con cesar con firmeza, con caridad, con sabiduría. *Argue, increpa, obsecra in omni patientia et doctrina*. La misericordia divina no será sorda a nuestras oraciones. Vos sabeis sus promesas, y teneis ya un principio de prueba en este admirable concurso que podemos llamar un verdadero triunfo. El será todavía el presagio de otros triunfos, y para asegurarlos, yo invoco sobre vosotros la bendicion celestial: *Benedictio Dei omnipotentis*, etc.»

Este análisis apenas da una idea de la magnificencia de las palabras del Papa. Una profunda emocion se apoderó de todos los asistentes, y las lágrimas corrian por sus ojos. Todos se prosternaron con el sentimiento de la más viva y de la más ardiente adhesion.

Roma, 22 de Junio.

Ayer en la mañana, nuestro Santo Padre el Papa ha tenido capilla en la Sixtina, por el vigésimosegundo aniversario de su coronacion. Un gran número de obispos estaba presente.

Cuando el Papa ha salido de sus departamentos para atravesar la sala gran-ducal que conduce a la capilla, encontró en su tránsito una numerosa asistencia que le saludó con las más entusiastas aclamaciones. A su vuelta, los mismos gritos de: ¡Viva el Santo Padre! ¡Viva el Papa-Rey! se han

hecho oír. Todo el mundo estaba arrodillado, los obispos orientales postrados hasta el suelo. Pio IX parecia vivamente conmovido. Durante siete ú ocho minutos, le fué imposible dar un paso, pues la multitud que lo rodeaba era muy numerosa y compacta, y él esperaba sonriendo y bendiciéndolos.

En la tarde, el ministro de la guerra pasó revista a los diversos regimientos del ejército pontificio, en la plaza de Sienne, en la villa Borghèse. El conjunto de los movimientos ha sido muy notable, y los millares de extranjeros, que se han complacido en contemplar de cerca a los bravos defensores del Papado y darles el testimonio de sus más vivas simpatías, han podido admirar su posicion y su aire firme y resuelto. Muchos, entre los espectadores, habian dado la suma necesaria para el sostenimiento de un zuavo pontificio, y parecian, por decirlo así, identificarse con ellos. Por diversas partes se oían algunas palabras como estas: «¿Dónde está mi zuavo?» «Yo quiero ver a mi zuavo. El es uno, pero realmente somos dos, porque él tiene consigo mi dinero y «mi corazon.»

¡Que la obra del sostenimiento de un soldado cerca del Papa, se extienda más y más! Ella hará bien, y será provechosa a todos; al Tesoro pontificio empobrecido a quien aliviará, al bravo voluntario cuya noble mision recibirá, al donador a quien permitirá llenar un doble deber, el de rendir un testimonio de su fe, y el de socorrer al más tierno de los Padres.

A la revista de la villa Borghèse han ido multitud de obispos de todos los países, que han asistido para manifestar de esta manera sus vivas simpatías a los valientes que se sacrifican generosamente para la custodia y la defensa de la Santa Sede.

En su camino, los soldados pontificios, y principalmente los zuavos, la legion de Antibes, los gendarmes y los cazadores suizos, han sido aclamados con vivas entusiastas.

La procesion de Corpus.

Hemos tomado de varias correspondencias los detalles siguientes:

Roma, 21 de Junio de 1867.

Hemos tenido ayer una de estas ceremonias, que, por su belleza, su magnificencia, su majestad y su incomparable grandeza moral, dejan en las almas impresiones profundas é imperecederos recuerdos. Los romanos de mas edad no recuerdan haber visto una procesion de *Corpus*, tan imponente y tan bella. A las ocho, el Soberano Pontífice, ha tenido capilla papal en la *Sixtina*, donde se encontraban reunidos los cardenales, los obispos, los diversos colegios de prelados y los personajes que forman la corte pontificia. Ha celebrado una misa rezada, despues de la cual ha pasado a la sacristía para revestirse las nuevas vestiduras sagradas.

La primera parte de la procesion, aunque muy bella y de las mas interesantes, no ofrecia nada de particular respecto a los años anteriores; pero lo que no se habia visto tal vez jamas, en igual circunstancia, eran los abades mitrados, los trescientos dos obispos y los treinta y ocho cardenales que seguian, teniendo todos una gruesa hacha en la mano. Los abades llevaban la capa y la mitra de tela blanca, así como todos los arzobispos y los obispos del rito latino. Los prelados de los diversos ritos orientales se habian revestido de sus ricos ornamentos sagrados y ceñian su cabeza los brillantes y diversos adornos que tienen la costumbre de llevar. Los cardenales-diáconos estaban con dalmática y mitra de damasco blanco, los cardenales-presbíteros con casulla, y los cardenales-obispos con capa, y todos con la mitra de damasco blanco.

Despues del sacro-colegio, iba el senado de Roma y dos cardenales-diáconos asistentes.

El Papa, llevado sobre el *Tálamo* y anonadado en oracion

ante la augusta Eucaristía, precedido de treinta y ocho cardenales y de mas de trescientos patriarcas, arzobispos y obispos que pertenecen al rito latino y a los diversos ritos orientales, venidos de todos los puntos del globo, teniendo todos una antorcha encendida en la mano, marchando de dos en dos salmodeando las oraciones de la Iglesia, en medio de una poblacion enorme y de una multitud inmensa, es uno de los espectáculos ante los que es imposible permanecer insensible.

La procesion se hizo, segun costumbre, alrededor de la plaza de San Pedro, bajo la columnata de Bernini, cuyos dos brazos habian sido unidos entre sí, igualmente decorados con colgaduras, ricos tapices, follajes y flores. Los escudos de armas de cada cardenal se encontraban puestos en las columnas, é indicaban que la decoracion habia sido hecha por sus cuidados. El desfile comenzó hácia las ocho y média, y eran mas de las diez y média cuando el Papa entró a la basilica Vaticana. La marcha sola de la procesion ha durado, pues, mas de dos horas.

Hé aquí cómo M. Luis Veuillot da cuenta de esta fiesta:

Al dia siguiente de mi llegada era la fiesta de Corpus. Despues de tantos viajes a Roma, esta pompa divina me era aún desconocida. Se tienden algunas telas, se ponen en las paredes algunas colgaduras, bellas sobre todo por su antigüedad; se suspenden algunas guirnaldas, se arroja sobre el pavimento un poco de arena amarilla salpicada de follaje; la mas pequeña aldea hace otros tantos gastos, y este adorno es muy poca cosa en comparacion de un gran dia de ópera en Paris ó de una fiesta del Hotel-de-Ville; pero estamos en Roma, y la procesion se extiende sobre la plaza del Vaticano, sobre el sitio del circo de Neron, alrededor del obelisco erigido en honor de los dioses Augusto y Tiberio, reparado por la mano de Sixto V, quien le hizo colocar un fragmento de la cruz.

Se ve pasar en largas filas las órdenes religiosas, el clero

romano, los curas de Roma, los cabildos de las basílicas, los obispos, los arzobispos y los patriarcas, los cardenales. La nobleza, la riqueza, la belleza de los ornamentos desaparecía entre la majestad de los nombres, las situaciones y los semblantes. Yo volví a ver allí vivos a todos estos tipos que acababa de admirar en Florencia en las pinturas de Angélico de Fiesoli. Estas son las mismas fisonomías, las mismas expresiones. Gracias a Dios, estos hombres viven todavía y el mundo los verá. Se han contado mas de trescientos obispos. Muchos han venido de las extremidades de la tierra. Se me ha enseñado uno que ha hecho mas de cuatrocientas leguas a pié en medio de los hielos que habita, para llegar al primer punto donde encontró medio de transporte. Entre estos ancianos augustos, hemos reconocido y saludado de todo corazón a nuestros venerables obispos de Francia, cargados de obras y de años. ¡Oh cuán grande era este espectáculo, y el horizonte que abría ante nuestros ojos fastidiados con los esplendores muertos y estériles de la materia! En fin, el Papa apareció, de rodillas, llevando al Santísimo Sacramento en las manos, tranquilo en medio de esta multitud, como si estuviese solo en su oratorio, la frente apoyada sobre el viril de oro, los ojos cerrados; y alguna cosa decía a la multitud que esta figura inmóvil y viviente era el apoyo del mundo.

Cerrando los ojos se hubiera podido creer uno en un desierto; no había otro ruido que el murmullo lejano de las fuentes. ¡Qué momento, qué suspiros, qué lágrimas en todos los párpados, cuando las frentes se levantaban y se dirigían hacia la brillante visión que pasaba! Y este es el lugar donde Nerón corría llevado sobre su carro, al través de los cristianos untados de resina y ardiendo como antorchas, para iluminar los juegos del señor del imperio, soberano pontífice de los dioses que se había forjado la razón humana.

Consagración de la Iglesia de Santa María de los Angeles.

El domingo 23 de Junio, una multitud de fieles ha acudido a la magnífica iglesia de Santa María de los Angeles, edificada, como se sabe, según los diseños de Miguel Angel, en los soberbios baños de Diocleciano, en la parte llamada *Pinnacoteca*. Esta iglesia, tan majestuosa todavía y una de las más imponentes de Roma, aunque se haya desnaturalizado en varios puntos el plan admirable del inmortal Miguel Angel, ha sido últimamente restaurada con mucho arte y una gran magnificencia de columnas y mármoles preciosos. Se trataba de la consagración de esta iglesia, para la que habían sido invitados los cardenales y todos los obispos que están en este momento en Roma. Una multitud de estos se han apresurado a asistir a la ceremonia, que ha estado tan bella é imponente como ha sido posible. Fácilmente se comprenderá qué pompa, qué dignidad, qué grandeza añaden a la hermosura de una función santa, la presencia de un clero numeroso y el concurso de varios centenares de obispos. La ceremonia de la consagración ha sido hecha por el cardenal titular de la iglesia, S. E. el cardenal Domingo Carafa de Traetto, arzobispo de Benevento.

El mismo día, casi a la misma hora, otra bella ceremonia tenía lugar en la hermosa capillita gótica edificada últimamente por los Ligorianos, sobre el monte Esquilino, y dedicada a San Alfonso, su fundador. Los obispos y los fieles han ido en gran número, y la iglesia no ha podido recibir sino a la mitad de los que hubieran querido penetrar a ella. Este conato era causado por el deseo de asistir a la coronación solemne de la prodigiosa imagen de la Santísima Virgen María, invocada bajo el nombre de *Perpétuo Soccorso*, Nuestra Señora del Socorro Perpétuo: dicha solemnidad se hizo a nombre del cabildo de San Pedro del Vaticano, por una diputación

escogida de su seno. La funcion santa ha sido un poco más tierna, y la piedad de los fieles ha encontrado ampliamente donde satisfacerse. Durante los tres dias siguientes, 24, 25 y 26, se debe celebrar un triduo en honor de la santa imágen con sermon y bendicion del Santísimo Sacramento. Un aviso del cardenal-vicario ha promulgado las indulgencias concedidas por el Santo Padre por esta dichosa circunstancia.

En la tarde del mismo dia, a las seis, una multitud inmensa ha ido a la iglesia y a la plaza de San Juan de Letran, para asistir a la procesion del Santísimo Sacramento, que se hace allí siempre el domingo infraoctava, con la asistencia de los cardenales. Este año, la ceremonia ha sido incomparablemente superior a la que se hace de ordinario, y ha presentado, aunque en pequeño, el bello y magnífico espectáculo de la procesion de *Corpus*, de San Pedro del Vaticano. Los cardenales y los obispos, en número muy considerable, llevando un cirio encendido en la mano, seguian a la Eucaristía, que ha sido llevada, segun costumbre, por los vastos salones del hospital de San Salvador, en el que las camas de los enfermos estaban adornadas con guirnaldas y flores; despues continuó alrededor de la vasta plaza de San Juan, en medio de la multitud arrodillada y devotamente recogida. Esto era un bello espectáculo, una de esas escenas de gratas y saludables emociones cuyo recuerdo se conserva largo tiempo.

La fiesta del santo Precursor celebrada en San Juan de Letran.

Roma ha sido el dia de San Juan Bautista, testigo de una escena imponente y llena de emocion, cuyo recuerdo guardará preciosamente. El Soberano Pontífice, segun el uso, se trasportó en carroza de media gala, seguido de una parte de los prelados de su casa y acompañado de su guardia no-

ble, a la archibasílica de San Juan de Letran, donde tuvo capilla papal con ocasion de la fiesta de San Juan Bautista. La misa ha sido celebrada por Su Eminencia el cardenal Altieri, arcipreste de la basílica de San Juan, y un sacerdote del seminario romano pronunció el sermon en latin. Durante la misa, la bula que autorizaba al cardenal Altieri para celebrar en el altar mayor de la Confesion, permaneció fija en una de las columnas del baldaquino del altar. Todo el mundo sabe que el altar papal en las grandes basílicas, estando exclusivamente reservado para el uso del Soberano Pontífice, hay necesidad de una autorizacion formal y por escrito, para que un sacerdote ó un dignatario cualquiera de la iglesia pueda ofrecer en él los santos Misterios.

La tribuna ó coro de la basílica ofrecia un aspecto magnífico é imponente. El Papa estaba sentado sobre su trono, teniendo a sus lados ó alrededor una gran parte de los prelados y personajes de la corte pontificia, y ante él, entre su trono y el altar, se extendian de los dos lados, las líneas oprimidas y largas de cardenales, patriarcas, arzobispos y obispos en número de más de trescientos.

Era un bellissimo espectáculo el contemplar esta admirable reunion de todo lo que la Iglesia de Cristo ofrece de más digno, más elevado, más venerable. La multitud de los fieles, por su parte, era inmensa; ella desbordaba de todas partes, y la vasta basílica, con sus cinco grandes naves, no era suficiente para recibir a la multitud que se agrupaba en todas sus puertas. Ella era enorme en el interior de la basílica, y más considerable aún en la inmensa plaza de San Juan.

Esta multitud enorme de romanos y de extranjeros, acudiendo para celebrar la fiesta del Santo Precursor de Nuestro Señor Jesucristo, y unir sus humildes ruegos a los del Pontífice Supremo y de tantos venerables pastores de los pueblos, no podian permanecer tranquilos y silenciosos al paso de Su Santidad. Ya, a su llegada, el Papa habia sido acogido, en la mayor parte de las calles transitadas por el